

si no miras al fin,
siendo Estrellas las flores,
un Cielo se ha de hacer de este pensil.

Pero si desdichada
te arrojas á salir,
si de tí no te dueles,
quién, infeliz, se dolerá de tí?

Adormecidos los sentidos de la Dama á la voz de las Sirenas, se quedó en un suave embeleso, y en un engaño gustoso, siendo parentesis entre el acuerdo y el letargo una suspension; que ni bien podía discurrir, ni de todo se dexaba embelesar. Era una silla de mármol Atlante á este Cielo, ya de nublados á este dia, ya de sombra á este Sol, ya de eclipse á esta luz, ya de menguante á estos resplandores; adonde retirada toda la compañía la dexaron sola consigo, de quien no podía fiarse.

S A E T A S
DE BIENMEQUIERE.

CAPITULO IX.

ABsorta en la fingida gloria de su Parayso quedó Preciosa mal advertida, y bien elevada, nada de su consideracion, toda de sus ojos; la idea en la vista, mas no la vista en la idea, quando el ruidoso estruendo de varias voces, la llamó despierta para admirar curiosa; miró y vió un jóven de poca edad, mucha

cha gentileza, airoso talle, las voces muy vivas, los pasos muy ligeros, el brio mucho, la quietud ninguna; y con todo parecía de corta vista, vestido color de fuego, forro azul turquí, cabos verde-mar; así vestía el jóven, siendo sus exteriores llamas, sus interiores zelos, sus fines variedad; trahía al hombro una alxaba de oro bien labrado, de que tiró saetas á una Galeria del Palacio, la que ocupaban gran número de Ninfas, Damas y Galanes, y con Galanés, Damas y Ninfas jugaba las saetas, á las que unos hurtaban el cuerpo con ligereza; otros quedaban heridos sin resistencia; otros las quebraban en la dureza del pecho (estos eran los menos) sin que el herido dexase el fuego por quexoso, el sano por amenazado, el libre por exento. Buscó Preciosa con los ojos á quién preguntar; encontró con Ocia, á quien pidió la sacase de las dudas que padecía á vista de lo que miraba: quería saber quién era aquel jóven, y qué era aquel fuego? Este, dixo Ocia, es un gran Príncipe, y una de las personas mas estimadas en Valle de lágrimas, tan Señor de su poder, que hasta en los alvedrios tiene imperio, sujeta las voluntades, prende las memorias, cautiva los entendimientos, que sus jurisdicciones se estienden hasta los dominios de la alma; es arriesgado, é inconsiderado en sus arrojos; no teme aquel gran Señor el *qué dirán?* porque dice, fuera deslucir lo que es dar vasallage á este Príncipe; siendo uno de los mayores del Valle, es de condicion inquieta, ánimo alterado, natural extremoso, afecto eficaz, liberal como Rey, tirano como hombre, y á veces es benigno aun con tanta fama de cruel. Estas son, Señora, sus condiciones, y su nombre es Bienmequiere; no hay en Valle de lágrimas pastor que no cuente de sus historias, fuente que no lllore de sus sin-

razones, piedra que no se duela de sus saetas, Sátiro que no entienda de su esencia, y si preguntares á un rústico, os dará la misma informacion que un político: es muy exercitado en el juego de las saetas, y solo viene á estos jardines á jugar con todos los que ves; comenzando en divertimento lo que muchas veces acaba en martirio. En eso reparo, dixo Preciosa, y tambien en que los heridos se quedan tan descuidados del remedio, que no salen á buscar la cura. Es, dixo Ocia, que hacen gusto de la llaga, y allá tienen con que suavizarla, sin que sane, que Bienmequiere es grande encantador, y para eso usa de sus hechicerías; mas para los que escarmentados, ó necios quieren salud, hay dos Médicos de grande autoridad, alta sabiduría, mucha experiencia, el uno de ellos llamado Claros, el otro Protempo, curan despacio, pero aseguran la salud, no solo en ésta, sino en otras muchas enfermedades (1); pero el juego en la diversion engaña el peligro; y vos, dixo Preciosa, por qué no entráis en el juego, si le conocéis el pasatiempo? Yo, Señora, respondió Ocia, no quiero cosa que suene á fatiga, ni que me cueste el cuidado de librarme, ó el susto de perderme; basta haber allí estruendo de trabajo, para hacerme de otra parte, y huir á tal estruendo; y si se comprara un Reyno con una ocupacion, dexara el Reyno. Pasó adelante Ocia á tiempo que una saeta perdida se hizo hallada en el pecho de Preciosa (2); se retiró de la Galería perdida, y quedó Bienmequiere á reparar en la Dama, que herida le dixo.

Di, ó jóven, en qué te ofendió la piedra de mi pecho.

(1) El tiempo y el desengaño son los que curan á los amantes. (2) Hiérese la alma en el amor humano.

pecho para que así le desmintieses la dureza? Dí, ó deidad, respondió él, en qué te agravió la vista de mis ojos, que así les estorbaste las luces? Qué mal te hice, dixo Preciosa, para apuntarme blanco de tus tiros? Qué mal te hice, respondió Bienmequiere, para que me hicieses materia á tales incendios? Pues qué culpa tengo yo, dixo ella, en los rayos de mi belleza? Qué culpa me resulta á mí, replicó él, en el alcance de mis saetas? En el impulso con que las arrojas, dixo ella: en el descuido de no resguardarte, dixo él. Basta, volvió ella, no sea mia la herida y vuestra la quexa, que eso es trocar la congoja, quien no erró el dolor. Basta, Diosa, respondió el jóven, no haga melindre de una saeta quien no hizo lastima de una muerte; que eso es querer la compasion, quien executa la tiranía. Yo, dixo la Dama, entré aqui con vida y alma, y apenas para perder la alma llevo la vida: Yo dixo el jóven llegué aqui con alma y vida, y apenas para sustentar la vida llevo alma. Vuestra saeta, replicó ella, á vos volvió; respondió él, que no; mas quién eres, ó muger, que puedes tanto? Mas quién eres, ó monstruo que tanto vences? Dixo ella. Bienmequiere, gritó á este tiempo la Hermosura. Preciosa, dixo por otra parte Narciso. Ambos llegaron al mismo lugar, y respondiendo misterio, quedaron zelos. Era Narciso, como ya se sabe, Idólatra de la belleza de Preciosa. Era la Hermosura como aun se ignora, cuidado de Bienmequiere. Buscando uno y otro lo que querían, hallaron lo que no quisieran; formaron luego un tal recelo, que naciendo indicio quedó viviendo agravio; y allí como en lugar de poca fe había mucha desconfianza. Bienmequiere volvió á armar las saetas; Preciosa renovó las heridas; todos desimularon, y ninguno dexó de entenderse. Bien hallado, dixo la Hermosura, está el

Prín-

